

Tiempos del *unomásuno*

Eduardo R. Huchim

Surgido después del golpe orquestado contra la dirección de Excélsior, el periódico unomásuno se convirtió desde sus inicios en un verdadero bastión de la libertad de expresión en nuestro país. Para conmemorar el décimo aniversario de la muerte de su director, Manuel Becerra Acosta, un grupo de sus colaboradores se reunió recientemente. Uno de ellos, Eduardo R. Huchim, nos ofrece un breve recorrido por la historia de esta importante publicación.

El pasado 20 de octubre de 2010, frente a una nutrida audiencia compuesta en su mayoría por estudiantes, se efectuó un interesante encuentro entre periodistas y académicos para recordar a un periódico, *unomásuno*, a propósito de los diez años de la muerte de su fundador, Manuel Becerra Acosta.

Convocados por María Antonieta Barragán, hoy académica y antes reportera de aquel diario, una veintena de periodistas y profesores universitarios hablaron del *uno*, de su tiempo, de su acompañamiento a la reforma política de Jesús Reyes Heróles y del legendario Becerra Acosta.

Fue una ocasión propicia para la nostalgia y la rememoración de los buenos primeros años del periódico. Celebrado en el auditorio Ricardo Flores Magón de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, el exitoso encuentro fue también una oportunidad para dar a conocer a las nuevas generaciones el entorno político en el que nació y creció el *uno* y, también, cómo se hacía periodismo en México, en la segunda mitad del siglo XX.

Los jóvenes que acaban de iniciar su etapa ciudadana han vivido la mitad de su vida en la democracia elec-

toral, pero no siempre fue así. Esta democracia —aún inconclusa y frágil en 2011— es todavía una novedad en México. Lo que la antecedió fue un régimen autoritario dominado por la figura presidencial que en lo electoral ejercía el poder por conducto del Partido Revolucionario Institucional (PRI).

La situación comenzó a cambiar en los setenta y se requirieron alrededor de veinticinco años, un cuarto de siglo, para que la democracia electoral se materializara con la alternancia de partidos en el poder. Al principio de los setenta, la matanza del 2 de octubre de 1968 estaba muy fresca. La joven sangre vertida en Tlatelolco habría de impulsar el inicio de la ruta —lentísima ruta— hacia la democracia.

LA REFORMA POLÍTICA DE 1977

Al iniciarse la segunda mitad del siglo XX, el PRI dominaba las dos cámaras del Congreso, donde apenas había una representación simbólica de la oposición; tenía asimismo todas las gubernaturas de los estados, la mayo-

ría de diputados en las legislaturas y gobernaba la casi totalidad de los municipios del país.

Cuando se inicia en 1976 el gobierno del presidente José López Portillo, para destacados dirigentes políticos estaba claro que, si querían preservar la dominancia priista en la vida política del país, era necesario abrir ésta de forma significativa a la oposición. Para los sectores “duros” del PRI, tal apertura no era necesaria.

Uno de los líderes convencidos de la necesidad de apertura era Jesús Reyes Heróles, secretario de Gobernación y acuñador de frases de profundo contenido. Por ejemplo, “poder que no se comparte, se parte” y “lo que resiste, apoya”, frases que forman parte ya del lenguaje político nacional. En efecto, Reyes Heróles tenía claro que, después de las matanzas de estudiantes del 2 de octubre de 1968 y del 10 de junio de 1971 y de varias insurrecciones regionales, sobre todo en Guerrero, era evidente que el gobierno y su partido no podían seguir ejerciendo un poder casi absoluto, sin compartirlo real-

mente con la oposición. Una oposición que, a pesar de las maniobras fraudulentas, ya comenzaba a arrebatarle al PRI posiciones de cierta relevancia, en particular las alcaldías de ciudades importantes.

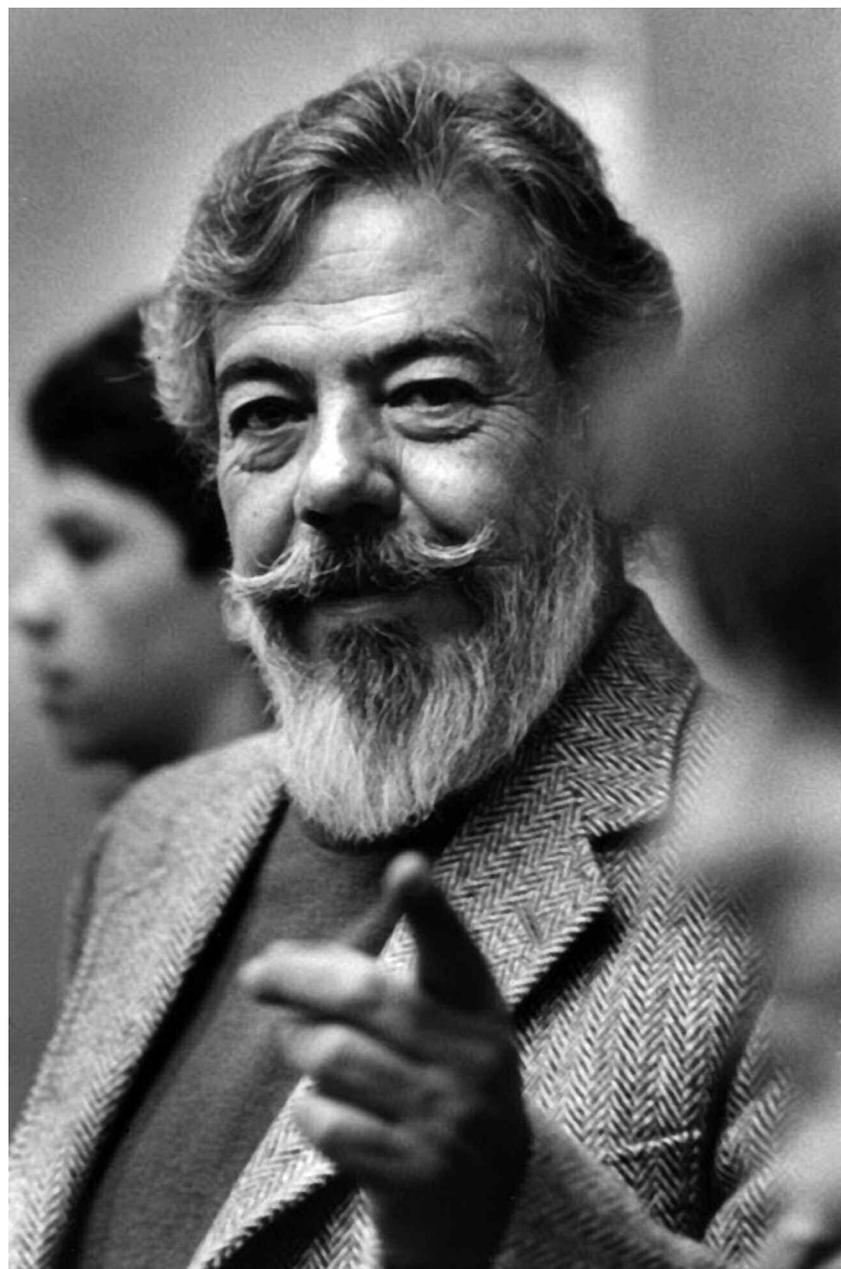
Así las cosas, el presidente López Portillo promovió en 1977 una reforma política diseñada por Reyes Heróles y cuyo principal contenido fue propiciar la incorporación de las minorías de oposición a la Cámara de Diputados, mediante la figura de los diputados de representación proporcional y la ampliación a cuatrocientos del número de los legisladores, así como por la flexibilización del otorgamiento del registro a los partidos, lo cual permitió que el Partido Comunista Mexicano dejara la clandestinidad.

La reforma de 1977 definió a los partidos políticos como entidades de interés público y determinó que, con ese carácter, recibieran un pequeño financiamiento del erario para algunas de sus actividades, fundamentalmente la edición de las publicaciones a que los obligaba la ley. Diez años después, con la reforma electoral de 1987, el financiamiento público a los partidos ya no sólo fue para sus tareas editoriales, sino también para sus actividades ordinarias y de campaña. Ésta fue una innovación muy importante, porque hasta entonces el único partido que recibía a trasmano recursos del gobierno era el PRI, que de ese modo podía destinar, a sus campañas electorales y otras actividades, grandes cantidades de dinero que lo situaban en una posición muy ventajosa respecto de sus adversarios. Con otra reforma, en 1987, el financiamiento público fue para todos los partidos, si bien la mayor parte de él correspondió al PRI, debido a que recibía la mayor votación.

Se inició así lo que habría de transformarse en una desmesura: tres mil millones de pesos de financiamiento público a los partidos en 2010, que sumados al gasto del IFE, por más de ocho mil millones de pesos, hacen un total cercano a doce mil millones en números cerrados. Es correcto que las actividades y campañas de los partidos políticos sean financiadas con dinero público. Lo que no es correcto, sino abusivo, es la enorme cantidad de dinero que consumen los partidos y los órganos electorales.¹

La reforma de 1977, legada por Reyes Heróles, fue la madre de todas las reformas políticas y halló en el *unomásuno*, a partir del 14 de noviembre de 1977, no sólo su mejor difusor y apoyador, sino que este diario fue una buena expresión periodística de los nuevos tiempos que comenzaban a soplar para el país, así sea de forma incipiente, en materia política.

¹ Una ampliación del tema de la reforma política de 1977 y del desarrollo de la democracia mexicana puede hallarse bajo el rubro “Elecciones: avances, fallas y simulación” en Octavio Rodríguez Araujo (coordinador), *México: ¿un nuevo régimen político?*, Siglo XXI, 2009.



Manuel Becerra Acosta

EL PERIODISMO, INSTRUMENTO DEL PODER

Paralelamente, a principios de los setenta, México se encaminaba al ejercicio de un periodismo libre, crítico, que sólo por excepción se ejercía en el país. El periodismo de entonces era un instrumento del poder que informaba casi sólo lo que el poder quería y le permitía. Eran poquísimos los medios impresos y los periodistas que hacían un periodismo crítico.

A mediados de esa década, *Excélsior*, dirigido por Julio Scherer, era el periódico más importante, más crítico y más influyente, y también más incómodo para la clase política, pero el gobierno de Luis Echeverría habría de despojar a Scherer y su equipo de su diario. No había entonces muchos noticiarios de radio y televisión y la audiencia e influencia de los que había eran escasas. La población se informaba en periódicos y revistas fundamentalmente.

Visto con óptica centralista, *Excélsior* era el único diario sólido y crítico del país, pero realmente no era así. También en provincia se hacía periodismo de calidad, si bien su influencia era sólo regional. Destacaban dos periódicos: *El Norte* de Monterrey y el *Diario de Yucatán*. Éste había sido incautado por el gobierno en los años veinte y también asaltado e incluso incendiado.

Al iniciarse el gobierno de Echeverría, en 1970, *Excélsior* había llegado a la cúspide de su influencia. Tenía los mejores servicios periodísticos del extranjero, podía entrevistar al líder mundial que quisiera, sus planas editoriales estaban llenas de intelectuales, artistas, economistas, científicos, políticos... Además, con los servicios noticiosos que producía, lograba influir en los contenidos de los diarios de los estados.

Sin embargo, las élites empresariales se preocupaban por los rumbos falsamente socialistas que supuestamente tomaba el gobierno, y a esa preocupación contribuían algunos contenidos de *Excélsior*. En 1972, un grupo de empresarios acudieron ante el presidente Echeverría para expresarle su preocupación por el tono socializante y antiempresarial del discurso del gobierno y también se quejaron por los contenidos de *Excélsior*. Y Echeverría les recordó que la prosperidad del periódico se debía a sus anunciantes, es decir, a ellos. Miguel Ángel Granados Chapa lo explica así:

En 1972, la cúpula empresarial fue a ver al presidente Echeverría, muy quejosa, decía que iba a haber socialismo en México. Los empresarios le hicieron un rosario de quejas al presidente e incluyeron la conducta de *Excélsior*. Echeverría les azuzó: "Ustedes lo sostienen con sus anuncios". Los dueños de las grandes cadenas orquestaron un boicot y, de un día a otro, almacenes como Liverpool, Sears y otros negocios retiraron toda su publicidad de



Miguel Ángel Granados Chapa

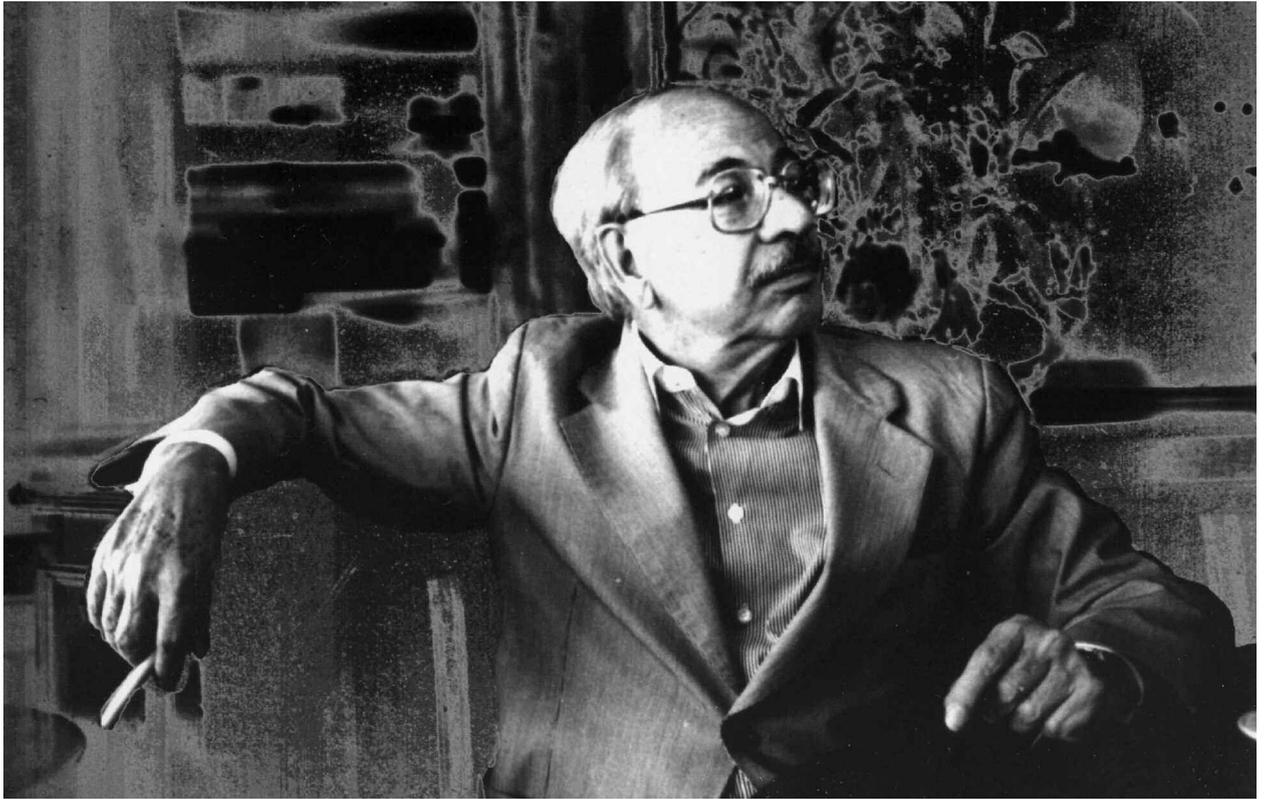
Excélsior, dejándolo sin liquidez ni solvencia económica. Rememora Granados Chapa:

"En ese momento, apareció el dios Echeverría: '¿Qué se te ofrece, Julio?'. 'Anuncios, señor presidente'. 'Habla con Horacio (Flores de la Peña, que manejaba las empresas públicas)'. Como el retiro había sido tan súbito, teníamos problemas de liquidez y, al estilo de las películas, llegó Carlos Argüelles, director de la Lotería Nacional, con un portafolio lleno de billetotes. Se lo entregó a Scherer como anticipo de la publicidad que saldría. Y nos salvó".

Scherer, a diferencia de Granados Chapa, ingenuamente creyó que ello no tenía costo. "Decía: 'Echeverría no me puso condiciones'; pero era obvio. Echeverría mismo, después de que nos echó del periódico, llegó a decir: 'Se sobreentendía, yo no ayudo a un enemigo'. Quería que nos alineáramos. Yo nunca fui ingenuo. Le insistí a don Julio que Echeverría era un fingidor, un mentiroso profesional. Él se defendía: 'Yo nunca ofrecí nada a cambio'. Se lo decíamos varios de nosotros: Miguel López Azuara, Hero Rodríguez Toro y yo".²

Granados Chapa tenía razón. El 8 de julio de 1976, a finales del sexenio de Luis Echeverría, se fraguó una conspiración que arrojó de la dirección del diario a Julio Scherer y a su equipo. Con él se fueron Octavio Paz, Miguel Ángel Granados Chapa, Manuel Becerra Acosta, Abel Quezada y la élite de periodistas de la época. Asumió la dirección Regino Díaz Redondo, a quien Scherer había protegido e impulsado como periodista primero y después como dirigente de la cooperativa que editaba el diario.

² Silvia Cherem, *Por la izquierda. Medio siglo de historias en el periodismo mexicano contadas por Granados Chapa*, Khalida Editores, México, 2010, p. 61.



Fernando Benítez

UNOMÁSUNO, LA SINGULARIDAD PERIODÍSTICA

De la diáspora consecuente surgieron dos importantes medios: la revista *Proceso*, fundada y dirigida por Scherer, y el diario *unomásuno*, fundado y dirigido por el ex subdirector de *Excélsior*, Becerra Acosta, un periodista impar cuyas genialidades, apoyadas por un excepcional equipo de periodistas y escritores, pronto llevaron al naciente diario a la vanguardia del periodismo mexicano.

El *unomásuno* se benefició de la diáspora de *Excélsior*, pero no sólo. En él confluyeron periodistas de provincia y, también, perseguidos políticos de otros países porque, como dice Granados Chapa, el *uno* fue “refugio de centro y sudamericanos que sufrían el exilio: marxistas, comunistas, trotskistas, feministas, teólogos de la liberación, toda clase de bohemios, marginados y noctámbulos creativos”.³

Al nacer *unomásuno*, el periodismo mexicano apenas estaba saliendo de una era que ahora puede parecer prehistórica: la prensa compuesta en caliente, en metal. Apenas unos años antes de la salida del primer número del *uno*, casi todos los diarios nacionales se componían en aquellos complicados armatostes llamados linotipos. No había computadoras, no se conocía el fax y las telecomunicaciones apenas salían del telégrafo para ser sustituido éste por el télex.

Cuando aparece el *uno*, también estaba naciendo en México la composición en frío. Los textos no se componían ya en plomo caliente, sino en papel fotográfico.

³ *Op. cit.*, p. 89.

Limpieza, rapidez y facilidad para armar las páginas eran las grandes ventajas que ofrecía la composición en frío. Luego vendrían las computadoras.

En ese marco, el *unomásuno* rompe con viejas prácticas en el periodismo mexicano, y lo hace desde su nombre mismo, extraño, antiperiodístico, incomprensible para muchos, pero muy claro cuando se conocía la intencionalidad: uno, el periódico y sus periodistas y otro, el lector. El uno más el otro obraban la magia de la información, en sus dos sentidos: la emisión y la recepción, la escritura y la lectura.

Como quiera, el nombre ciertamente resultaba extraño y singular, incluso en el hecho de que se escribía todo en bajas. Y las singularidades del nuevo diario continuaban con el tamaño de la hoja de papel en que se imprimía y que entonces, hasta donde recuerdo, no se usaba en México. Sí se usaba en cambio en Europa, de donde los diseñadores se inspiraron, particularmente, en *La Repubblica*, de Roma.

En aquel entonces, uno de los “ganchos” para elevar la circulación de los periódicos había sido la nota roja. En el *uno* se decidió no ocuparse de ella, salvo cuando sus características la asociaran con otros ámbitos más allá de los policiales, especialmente los políticos. Se hacían esfuerzos por reflejar más y mejor los hechos respecto de los dichos. Habitados a las declaraciones de los personajes de la política, la academia y otras disciplinas, aquello fue una novedad.

En aquel tiempo, los periódicos publicaban una o dos páginas editoriales y ahí se concentraba toda la opinión de sus colaboradores. El *uno* rompe con esta prác-

tica y, en vez de concentrar las opiniones, las esparce a lo largo del diario, dividiéndolas por secciones: política, economía, internacional, cultura.

Todos los periódicos incluían entre sus secciones la de sociales, que constituía un exhibidor de vanidad y frivolidades. Incluso el venerado *Excelsior* de Julio Scherer tenía su “sección B” donde se alojaba a ese tipo de información sobre bodas, bautizos, quince años, primeras comuniones, similares y conexos. El *uno* rompe también con esa tradición y excluye de sus páginas la sección de sociales.

Lo más importante del *unomásuno* era su contenido. Albergaba las noticias y las ideas de la izquierda nacional y extranjera, entonces con pocos espacios en la prensa mexicana, sin dejar de dar la información relacionada con el oficialismo, y se ocupaba con amplitud de los asuntos universitarios. Ambas cosas, además de reunir en sus páginas a importantes colaboradores editoriales, propiciaron su éxito.

Fue el *uno* el diario que dio la primicia de lo que habría de ser la escisión priista de la que surgiría, unida a la izquierda, el Partido de la Revolución Democrática y que llevaría a una crisis al hasta entonces monolítico sistema político mexicano. “Aparece en el PRI una corriente prodemocrática”, decía la cabeza principal del 14 de agosto de 1986, firmada por Gonzalo Álvarez del Villar.

Fue un hecho insólito que significó un parteaguas para el PRI, para el país y para la vida personal de sus protagonistas. Aquella corriente estaba inconforme porque ya se avizoraba que la sucesión presidencial de 1988 se regiría por las prácticas antidemocráticas del PRI, por el “dedazo” del presidente, que en ese momento era Miguel de la Madrid Hurtado. Y claro, la militancia priista prefería elegir ella al candidato, pero casi nadie se atrevía a decirlo. En ese “casi” estaba la “corriente democrática”, encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas y Porfirio Muñoz Ledo, quienes con ese acto de audacia desafiaron al entonces omnipotente presidente de México.

LA “PUERTA DE LOS SUSTOS”

La mesa de redacción del *uno*, es decir, el área donde se hacía la edición del diario conforme a las usanzas de entonces, estaba contigua a la oficina del director general y se unía a ella mediante una doble puerta que se abría desde adentro de la dirección. Algunos la conocían como la “puerta de los sustos”, en alusión a aquella por donde salen los astados en las plazas de toros. Eso porque, cuando se oían los sonidos que anunciaban que la puerta se abriría, una cierta tensión se apoderaba del jefe de redacción y de la mayoría de los cabeceros de la mesa y, en algún grado, también de los correctores de

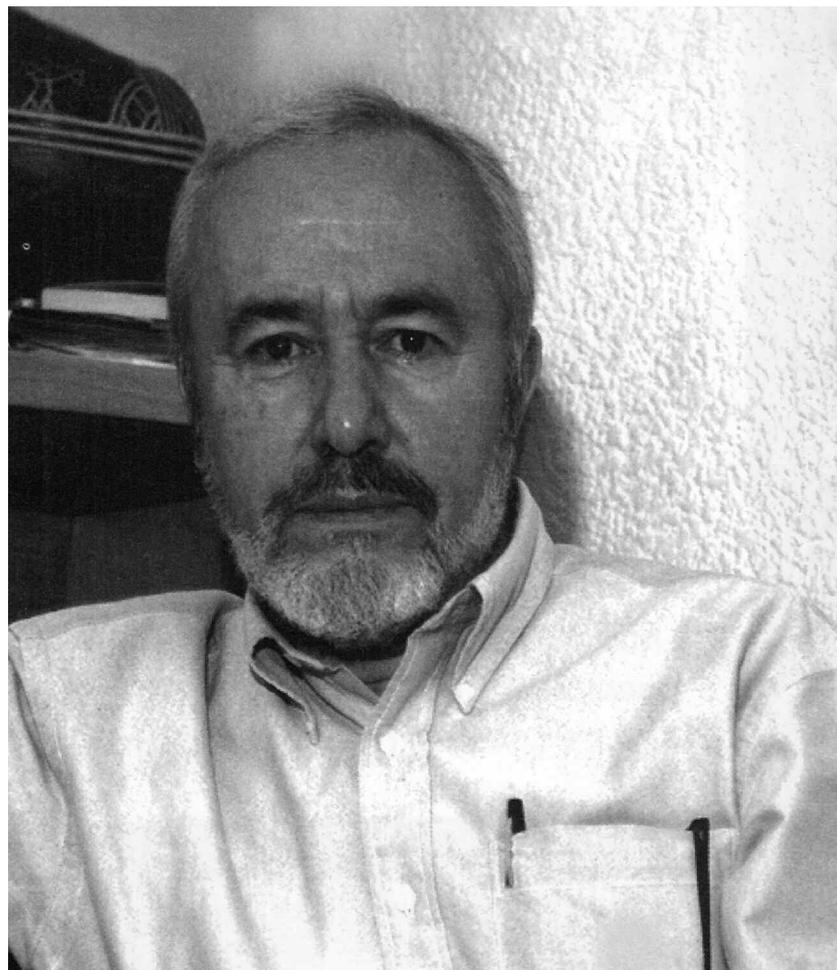
estilo que trabajaban en una mesa cuadrangular, más pequeña que la otra.

—Carlos Ramón (Narvárez Robles), ¿quiere venir? —solía preguntar-ordenar Becerra Acosta desde su puerta al jefe de redacción del diario, con su habitual tono grave.

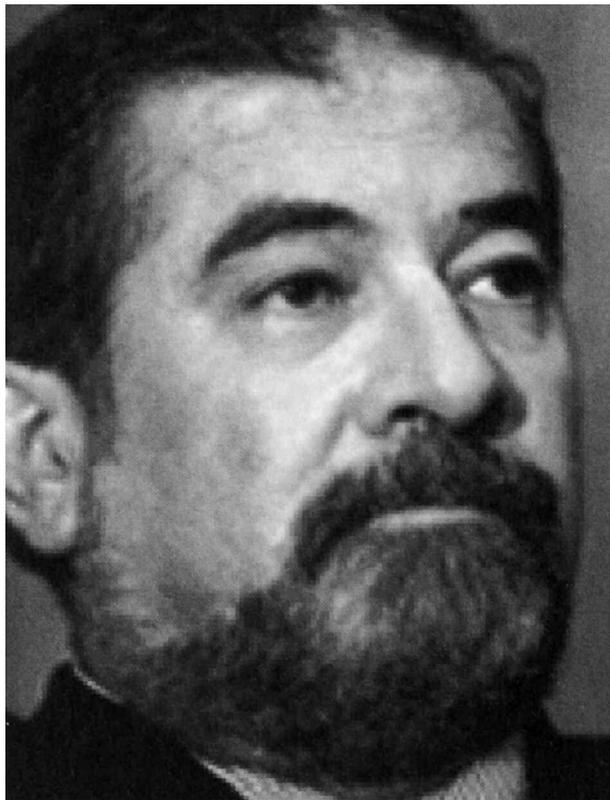
Cuando eso ocurría y “el tigre” se metía de nuevo a su cubil, siempre a media luz, todos respiraban tranquilos. Pero otras veces, sobre todo cuando estaba “achispado” o un poco más, podría emitir algún reproche, algún comentario lapidario o alguna broma a costa de alguno de los integrantes de la mesa, y aunque sus palabras tuvieran como destinatario a uno solo de ellos, la tensión era para todos.

La mesa de redacción era como el templo donde oficiaban los periodistas mejor capacitados, y los reporteros más cuidadosos estaban en permanente contacto con ella, fuera para absolver dudas de los editores, atender las consultas de los correctores de estilo e incluso para cabildear que su nota fuera en lugar privilegiado, si no de la portada, al menos en las páginas interiores más destacadas.

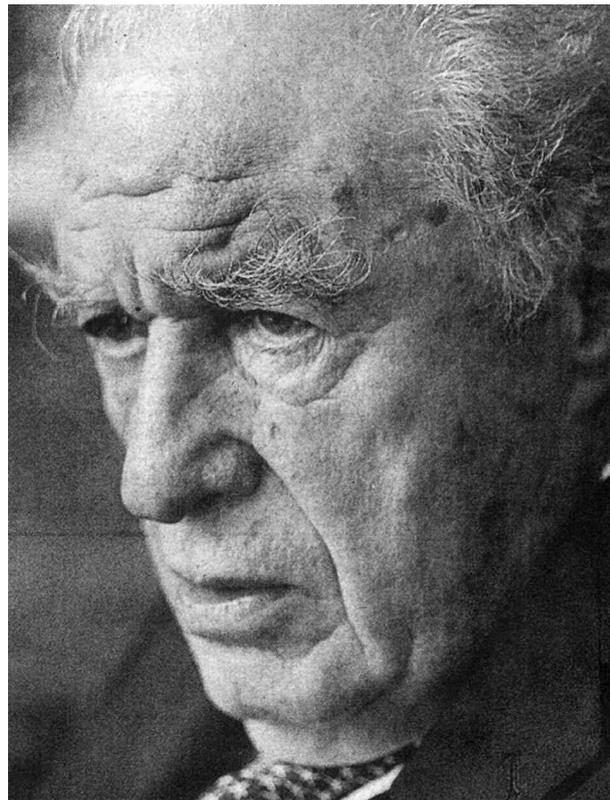
Los reporteros todavía escribían en hojas llamadas cuartillas, las cuales eran revisadas por los correctores de estilo, una especie de cancerberos que protegían la “pureza” del idioma y solían evitar, con sus exigencias, la difusión de informaciones inexactas o francamente falsas. Había reporteros que no sabían escribir, que atro-



Humberto Musacchio



Huberto Batis



Julio Scherer

pellaban el lenguaje y cuyas notas resultaban confusas, pero eran muy buenos para conseguir la información, para investigar casos difíciles, para entrevistar y hacer que el funcionario dijera lo que no quería decir. Sin embargo, sus textos tenían que recibir un tratamiento cuidadoso para hacerlos comprensibles y, en ocasiones, incluso elegantes.

Claro, los correctores también incurrían en tergiversaciones y entonces ardía Troya, pero en general su poco comprendida tarea, complementada con la de los cabeceros, contribuía a hacer un periodismo profesional y grato e interesante para el lector. Se sabe en el medio del diarismo que una buena cabeza puede levantar la nota, es decir, suscitar el interés del lector sobre una información más o menos importante, en tanto que una mala cabeza puede hacer naufragar la mejor de las notas.

Entre las singularidades del *uno* en sus primeros años estaba la forma de abreviar el nombre de los presidentes. Así, mientras todos cabeceaban con las iniciales MMH al referirse al presidente Miguel de la Madrid Hurtado, el *uno* usaba DLM. “El presidente no se llama Miguel Madrid, sino De la Madrid”, argumentaba el director general. Cuando tomó posesión el sucesor de De la Madrid, Carlos Salinas de Gortari, Becerra Acosta intentó que al referirse a él en cabezas, se le abreviara simplemente como s. Hubo resistencias en la mesa por las lecturas que pudiera darse a esa audacia en Los Pinos, y la idea no prosperó. El director general no quiso imponerla.

El *uno* le dedicaba espacio a la cultura, no sólo en su cotidiana sección, sino también en un notable suplemento cultural, “sábado”, que aparecía en el día que le

daba nombre, a diferencia de las publicaciones de su tipo, que en otros diarios se publicaba en domingo. Ahí, en los dominios de Fernando Benítez y Huberto Batis —hoy con la salud deteriorada— se publicaron espléndidos textos y se dieron encendidos debates y, también, hubo espacio para el erotismo. Ahí, con el estímulo de Batis, Héctor de la Garza *Eko* dio vida a *Denisse* y sus atípicas experiencias sexuales.

La fotografía era muy limitada en el *uno* dirigido por Becerra Acosta, a pesar de que tenía fotografías de primera línea como Pedro Valtierra, Héctor García, Christa Cowrie, Aarón Sánchez, Marta Zarak, Armando Salgado, Raúl Urbina —que de archivista y a golpe de voluntad se convirtió en fotógrafo y Premio Nacional de Periodismo—, Luis Borboa, Flor de María Cordero...

La limitación de la fotografía se debía a una decisión deliberada, pero también a problemas de espacio, en un diario que en sus inicios sólo tenía treinta y dos páginas del tamaño que Becerra Acosta gustaba de llamar “tabla” para diferenciarlo de los tabloides que entonces se caracterizaban por ser periódicos que se ocupaban sobre todo de la nota roja.

En noviembre de 1983, el *uno* fue herido gravemente con la salida de un grupo de notables periodistas encabezado por Carlos Payán, Miguel Ángel Granados Chapa, Héctor Aguilar Camín, Carmen Lira y Humberto Musacchio, quienes luego habrían de fundar el diario *La Jornada*. Sin embargo, el *uno* resistió la adversidad, pero luego el gobierno de Carlos Salinas de Gortari forzó la compraventa del diario, Becerra Acosta viajó a España, y el *uno* ya no volvió a ser lo que fue. **U**